

## GENARO ESTRADA, NUEVO HÉROE

**Luis Mario Schneider**

Todo hombre vive habitado por sus demonios. Todo escritor asume la responsabilidad de desbocarlos o atarlos. Los primeros son los alucinados, los propiciadores del caos, los amorales, quizá los grandes transformadores. Los segundos, los respetuosos, los ordenadores que hacen del equilibrio una religión. Son los apacibles responsables. Los organizadores gratuitos, los sacrificados. Estoy seguro que Genaro Estrada era de estos últimos. Su vida entera tuvo siempre una sola decisión: sistematizar todo lo que emprendía, o en todo caso, todo lo que acometía lo metodizaba.

Buscó el libro para ser bibliófilo; acumuló cucharitas y pisapapeles por tornarse en coleccionista; tocó la historia colonial y la entregó redimida; es-trujó y vivió la historia moderna; gastó la suya en un acto escrupuloso de conocimiento; amó la estadística no por la suma matemática sino como espejo de una disposición; fue obsesivo con el recuento bibliográfico para ayudar, para facilitar, para rescatar la tarea ajena; frecuentó la diplomacia y la convirtió en un estado de ánimo al servicio del país y de la gente; hizo de la amistad no un intercambio confesionario sino un apoyo al conocimiento, a la necesidad de compartir, de hacer partícipe al semejante de su gustoso placer, al recuperar el manuscrito desconocido o el fistol de un antiguo caballero. Supongo también que sus silencios o sus soledades siempre estaban llenos de intenciones y proyectos.

Ante la muerte, porque la muerte ajena nos reviste a todos de bondades, solemos regalar virtudes al desaparecido, pero en definitiva, se puede engañar al momento del dolor, pero no se puede mentir en la constancia. Comemoramos en estas fechas 50 años de la desaparición física de Genaro Estrada. Medio siglo donde no ha disminuido un ápice el juicio laudatorio para el amigo, para el escritor, para el hombre de acción y para el apasionado de su país; este homenaje que le rinde la Cancillería lo comprueba.

En estas páginas, me uno a sus amigos para recuperar su retrato:

Carácter risueño y festivo; su físico mismo que rebosaba la satisfacción y la bonhomía. Era entonces rotundo, de lucios, mondos y regordetes carrillos, entre los que se escondía la boca sensual, fruncida un tanto como para emitir un soplo. Los redondos y gruesos cristales enarillados de sus lentes hacían pequeños sus ojos miopes de color castaño, como su pelo, que era asaz ralo. El corte de su cara era un poco ovino, con la frente amplia y huyente, desde los pronunciados arcos supraciliares; la nariz era corva y de móviles aletas; el mentoncillo enterrado entre mofletes y papada.

Su cuerpo de mediana estatura, era obeso. Pero aquella figura esférica se movía, a pesar de todo, rápidamente, y su andar, a pequeños pasos, parecía un desliz, acompasado por algún tema musical tarareado en sordina.

Este físico espeso pudiera haberlo asimilado con el buen Sancho Panza, tipo de producto de la tierra, materialista y tosco. Pero no, era más bien un tipo de cardenal romano del quinientos; un orondo prelado de los que sabían exprimir de la vida los más exquisitos jugos; un amante de la cultura en todas sus manifestaciones.

La descripción por el lenguaje del anterior texto de su tocayo Genaro Fernández MacGregor coincide con la visión plástica. Así, tan preciso es Roberto Montenegro, su más fiel retratista, y así de exacto su más fiel caricaturista, Miguel Covarrubias, quien con la confianza que da la fraternidad lo trastocó en cardenal sapo, ojos saltones cegatones, empuñando el imprescindible libro con forro de pergamino entre su regordeta mano, adornada por un anillo de barroca amatista. Xavier Villaurrutia, también dibujante, fue más tímido, tal vez más respetuoso, aunque eso sí no le quitó ni un gramo a la balanza. Rufino Tamayo, el de la primera época, ortodoxo, diría hasta académico, lo adelgazó y le

caló un sombrero e hizo que lo contempláramos de perfil.

Amplia fue la trayectoria de Genaro Estrada. Tan extensa y tan rica como tan callada y tan sin ostentación. Tanto que es un lugar común lamentar su escasa producción intelectual, sin imaginar —quien así lo hace— lo vasta que ésta resulta a través de 30 años de perseverancia como escritor. Más sorprendente resulta si se combina esta vocación con su vigilante tarea cívica y sus innumerables y vehementes afanes.

Quiero resumir su camino sabiendo de antemano que estoy cometiendo un sacrilegio al pretender entregar la imagen de una vida, cuando sólo estoy dando el simulacro de una existencia que fuera total y plena.

Desde temprana edad se ató a los libros y se enredó en los caminos de las letras, obteniendo premios en concursos y juegos florales, el reportaje y la crónica periodística fueron sus incios en Mazatlán. A su llegada a México, continúa con esas tareas, colaborador de los voceros capitalinos *El Diario* y *El Mañana*; asimismo, funda con González Martínez la revista *Argos*. Después se une a la burocracia de una secretaría, la de la Escuela Nacional Preparatoria, lugar de su encuentro con las letras de la capital, hallazgo que culmina en una *Antología de poetas nuevos de México*, compilación no superada hasta ahora por el método y el tino en la selección de talentos. De ahí al empleo político sin soslayar su pasión por la literatura y por la cultura en general, actividad mechada con visitas a las librerías de viejo y a los bazares cuajados de porcelanas chinas, añejos jades, amarillentos marfiles y sobre todo de los pisapapeles camuflados de las adivinatorias esferas cristalinas; paseos a vetustas iglesias, resguardo de santos, de rejas y de barrocos retablos, andanzas que llevan a su *Visionario de la Nueva España*, volumen que le involucra en el movimiento colonialista. Luego es oficial mayor de la Secretaría de Relaciones Exteriores, su don de gentes le tenía que conducir ahí. En ese sitio, la historia se le presenta en los legajos del palpitar mexicano de sus contiendas, papeles que le inspiran dos series de publicaciones, la titulada *Archivo Histórico y Diplomático Mexicano* que consta de 39 volúmenes, algunos reunidos y prologados por él. A seguidas el grupo de *Monografías bibliográficas mexicanas*, y comienza él mismo con la de Amado Nervo.

En 1926 aparece su conocida novela ensayo *Pero Galín*, para mí una solapada autobiografía. Su producción poética se consolida en 1928 con *Crucero*, libro al que seguirán *Escalera*, *Paso a nivel* y *Senderillo al Raz*; 1928 igualmente es año de una de sus extravagancias, la edición en miniatura de sólo diez ejemplares de la *Vida del doctor don Pedro Moya de Contreras*, escrita por Gabriel Gutiérrez de Luna. Siguiendo escalón: el puesto de secretario de Relaciones Exteriores y desde ahí la Doctrina Estrada, el mayor respaldo ideológico y jurídico para los asuntos exteriores de la nación mexicana, conducta aprovechada y aprobada por otros países. Más tarde su cariño y devoción por España se vio gratificado con el nombramiento de embajador en ese país, en donde igualmente publica asuntos que atañen a ambas naciones no sólo en el ámbito político o diplomático sino en el abrazo artístico y cultural. De paso cabe mencionar su *Bibliografía de Goya*, la más completa hasta ese momento, y su trascendente obra *Genio y Figura de Picasso*, primer estudio global sobre el pintor hecho en Latinoamérica.

Problemas de salud le hacen regresar a México en 1936, pero estos no logran anular su actividad creadora, buen ejemplo de ello son: *Algunos papeles para la historia de las Bellas Artes de México* y la fundación de la *Biblioteca Histórica Mexicana de Obras Inéditas*. La muerte truncó en 1937 su *Bibliografía mexicana*.

Aparte de este despliegue habría que considerar su figura como animador en proyectos definitivos de la literatura nacional, tales como el ser promotor de las célebres *Pajaritas de papel* del Pen Club mexicano hacia 1922 y el del apoyo económico que dio para la fundación de la revista *Contemporáneos*, reflejo del grupo más sobresaliente de nuestras letras en lo que va del siglo.

Ya ha pasado el tiempo de los héroes guerreros, de los forjadores de patrias en los sitios de guerra. Hoy la historia nos enseña que no se ha ido la heroicidad, sólo que ésta, en vez del desempeño en la batalla, se extiende y se funda en el campo cívico, en el trabajo y en la ordenación de nuestro propio quehacer, de nuestra obligación en los deberes y derechos como ciudadanos, como fieles vigilantes de nuestro pasado y nuestro presente. Con este escrito estamos rindiendo homenaje a uno de esos héroes, a uno de esos patriotas. Su nombre, Genaro Estrada.